



ARDAVIN

MEDITACIONES

PQ6611

.E5

M4

R. C.



1020027671

LUIS FERNÁNDEZ ARDAVÍN

MEDITACIONES
Y OTROS POEMAS

PRÓLOGO
de ENRIQUE DÍEZ CANEDO

ÓLEOS
de CÉSAR FERNÁNDEZ ARDAVÍN

FONDO
RICARDO GOVARRUBIAS

86323

31772

861
PQ 6611
.ES
M4

ES PROPIEDAD
QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE
:: :: MARCA LA LEY :: ::

Para mi muy querido amigo
Ricardo Doroso Cortes,
con mi admiración a su pluma
y mi verdadero afecto, va
un abrazo

Luis Pida

1-1914

Ordaz

Por los "moros"

A MIS PADRES ::

A MIS HERMANOS

Cesar Fernandez Ordaz

PRÓLOGO

Si es poesía sujetar á ritmo y número y exornar con halagos de rima la primer bagatela que cruce por el magín, yo reniego de la poesía. Y si algo de ello piensas encontrar en este libro que tienes en las manos, te conjuro, lector; Suéltalo sin pasar adelante.

Hay gente para todo. Quién, busca en la poesía esparcimiento y solaz, para ayuda de una buena digestión. Este tal, no ha de consentir que le muestres desnuda tu alma, porque jamás se vió la suya, y se espantaría ó burlaría de la que le mostraras; y menos mal si llegaba á espantarse. Quién, pide á los versos lo que él llama ideas: si por ventura es ingeniero, si practica las artes médicas, si se ha consagrado á la investigación experimental, en poco te ha de tener como no hagas de la ciencia el alma de tu canto, como no te proclames heraldo de sus victorias; si militar, ha de desdeñarte cuando no le digas loas de la patria y de la fuerza, vocablos que también placen, por lo general, á los simples burgueses: y ¡ay de tí si á éstos les chocas en algo tocante á sus creencias!

Si da en la especulación filosófica, te ha de pedir un sistema del universo; hasta el mero aficionado á toros querrá ver en tí un adepto entusiasta de la manía nacional que le avasalla. Y lo peor del caso es que si le hablaras como él quiere, perderías lo que hay en tí de poeta. Y lo mejor del caso es que de todo puedes hablar sin dejar de serlo. Que también hallarás ingenieros, facultativos, militares y sencillos burgueses que se acerquen á tí en busca de lo único que honradamente les puedes dar, de ideas poéticas revestidas de bellas palabras.

No he de explicar aquí á buenos entendedores cuáles son las que yo tengo por ideas poéticas; y casi me duele haber escrito lo de «revestidas de bellas palabras», porque, como no oculten la idea, sino la realcen con extricto atavío, bellas forzosamente han de ser, y serán poesía, sin que haya que añadir *buena*, porque la poesía no es buena ó mala; es ó no es. En cuanto á los asuntos, ninguno hay en la tierra ni fuera de ella que se resista á ser tratado por el poeta: lo único indispensable es que éste no se empeñe en tratar un motivo épico de igual modo que un tema lírico, ni quiera hacer una elegía con lo que sólo presenta su faz como blanco á los tiros de la sátira; términos todos que empleo con un matiz de flexible relatividad, bien distinto de la rigidez con que se nos ofrecen en los manuales de retórica.

Todo libro de versos es una conversación del poeta, no con el lector, con la Poesía. Del diálogo oímos solamente lo que el poeta dice, pero lo que oímos es su modo de reaccionar ante lo que ella le sugiere; y cuando la reacción es tan lograda y total que por ella descubrimos el diálogo entero, cuando nos llega en el verso, con las palabras del poeta, la voz esencial de la Poesía, ¡oh, entonces no hay delicia mayor!

El autor de este libro viene á la Poesía como un enamorado

formal. No quiere *pasar el tiempo*: se acerca á su dama con respetuoso porte; la mira sin timidez pero sin osadía, serenamente; le habla de lo que tiene en el corazón; y la misma seriedad de su porte, de su mirar y de su palabra exige en cuantos le hablen de ella, que no tolera bromas porque las juzga profanaciones. Todo lo que el poeta que vais á leer le dice á la Poesía es serio, es honrado. Y, para mayor solemnidad, su cantar se ajusta á las tonadas tradicionales.

Peligrosa palabra es esta. Lo tradicional, lo clásico, es algo que preocupa hoy á los poetas mozos. Casi todos lo entienden mal. Para ellos, las aguas vuelven cauce arriba. Quieren hacer lo mismo que hicieron los clásicos, tomar de ellos asuntos, estrofas, vocablos, giros; algunos hasta les han robado las amadas, y lanzan endechas á Filis y á Cloris, sin advertir que ellas están ya entradas en años y visten tocas perennes de viudez que nadie debiera ser osado á profanar. Y no piensan que de la tradición recibimos no ya un arcón apollillado, ni un viejo mosquete, ni un enmohecido montante, que de menguada cosa nos servirían, sino un pingüe caudal en oro acuñado, de alta ley, para que lo gocemos y nos luzca y lo acrecentemos si es posible y se lo trasmitamos luego á los que vengan detrás de nosotros.

Luis Fernández Ardavín, joven entre los más jóvenes, así lo entiende. Con él, no temáis: tranquilos pueden dormir los clásicos, que no les irá á pedir más que su ejemplo. Del verso clásico español se deriva el suyo, y el octosílabo predomina en estas MEDITACIONES, aunque se vista de verso largo, de diez y seis sílabas, ó se fraccione en hemistiquios de cuatro que luego se combinen diversamente. El alejandrino, se desenvuelve con andar majestuoso, como en nuestros viejos poetas, y gusta de agruparse por la cuaterna vía. El endecasílabo, en ocasiones menos seguro, sabe tejer

la urdimbre del soneto, asentando los cuartetos como sólido fuste, y encorvando graciosamente los tercetos como limpias volutas jónicas. De nuestros poetas le viene el gusto de lo ascético y de nuestros pintores el amor á la España, que se come al sol, envuelta en su capa de paño pardo, la hogaza dorada de su pobreza como los mendigos de que él nos habla. Pero todo lo ha mirado con sus propios ojos y lo ha dicho con sus propias palabras, á lo poeta siempre. Cierta abundancia verbal, cierta facilidad de rima, cierta fluidez de ritmo, despeñaderos inevitables para quien no se modere, agregan encanto á su poesía, porque sabe someter esas cualidades al pensamiento, sin consentirles supremacía. Inútil fuera señalar en su libro parentescos con otros poetas; de los nuevos, tiene lo que á éstos les da su tiempo.

Defectos, indudablemente los hay, más yo no he de hablar de ellos. Ya dije que no creo que exista la poesía mala, y este libro es de poesía. Tampoco he de hacer pronósticos acerca del autor; sobre que el papel de profeta es poco lucido, no creo que haya necesidad ninguna de serlo en esta ocasión. Si á mi parecer este fuera un libro de esperanzas, yo correría el albur, y diría cuáles eran las que despertaba en mí; pero encuentro ya en él verdaderas realizaciones. Muchas composiciones de la primera parte del libro, algunos sonetos, ciertos «Retablos españoles» y varias poesías ligeras son piezas acabadas. En los poetas de su condición, en los que tienen algo que decir y no se disuelven en vanos alardes de técnica, los versos de juventud ofrecen garantías de duración, pues sólo la técnica se perfecciona; no hay que descuidar ésta, porque la poesía es arte; pero también es don y don que viene entero á las manos del elegido.

He aquí un poeta, pues. He aquí un poeta que, siendo mozo, y mozo que cuando quiere—¡y ojalá quiera siempre!—sabe rimar madrigales, se ha puesto, por libre elección

Cara á cara con la vida y con la muerte

y, al meditar sobre ellas, apoyada la frente en las páginas desoladoras del Eclesiastés, ha visto el agotamiento de todo:

*¡Se ha podrido tanto, tanto,
el rosal de nuestra vida,
que no crece;
y en el alma, en otros tiempos florecida
y olorosa,
¡por los siglos de los siglos, no florece
ni una rosa!...*

Pesimismo de muchacho, diréis, que pasará con el tiempo. Quizá no. Decid más bien: pesimismo de poeta. El poeta no tiene edad. Algunos, y no los menores, han sido siempre, por larga vida que hayan alcanzado, como los recién nacidos que saben llorar y no reír. Por eso escribo con emoción, otra vez, las palabras que escribí más arriba: he aquí un poeta.

ENRIQUE DíEZ-CANEDO.

Madrid, Noviembre de 1913.